

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

Más allá de las palabras

EN un brillante ensayo titulado 'La perversión del lenguaje', el sociólogo Amando de Miguel analizaba hace unos años aspectos muy concretos y llamativos relacionados con ese uso del léxico, cuando menos impropio, que a menudo hacen los políticos y también —que cada palo aguante su vela— los medios de comunicación. En este interesante y exhaustivo trabajo, pervertir tomaba su acepción como sinónimo de lo que supone alterar el orden natural o estado de las cosas. Es cierto que, de un tiempo a esta parte, a algunos vocablos de nuestro acervo cotidiano les está ocurriendo como a los antibióticos: a fuerza de abusar de ellos o emplearlos de forma inadecuada acaban perdiendo gran parte de su carga semántica y de su eficacia en la función comunicativa. Se me ocurre, por poner un ejemplo cercano en el tiempo, la facilidad con la que se recurre, de manera un tanto frívola, a términos como nazismo o estalinismo, para calificar a quienes participan en los llamados escraches. Es obvio que, por muy reprochable que resulte el acoso y la intimidación frente al domicilio de dirigentes del PP, un gran abismo separa la puesta en escena de esas acciones de protesta de las barbaridades genocidas cometidas durante los regímenes de Hitler o Stalin. Algo similar ocurre desde hace ya muchos años con los términos facha o fascista con los que la izquierda radical, y en menor medida la moderada, tilda de manera sistemática y socorrida, hasta casi convertirlos en palabras baúl, cualquier medida o propuesta que a su juicio atenta contra los principios que defienden. Al final ocurre que ese uso perverso del lenguaje, al que aludía De Miguel en su obra, acaba transformando una formidable herramienta para la comunicación y entendimiento entre las personas en un arma de efectos más o menos destructivos, según el calibre y sobre todo la intencionalidad en la carga de las palabras usadas como munición. Y es que no basta con hablar bien, cuando lo que importa y se nos exige en realidad es hablar con propiedad. Especial empeño en ello debieran poner quienes, por la responsabilidad pública que han asumido ante la sociedad, están obligados a evitar ese lenguaje de confrontación, que, como escribió Paulo Coelho, en ocasiones va más allá de las palabras.

LA OPINIÓN | Las pretensiones secesionistas que se agitan en Cataluña no tienen justificación histórica. La nación española se ha conformado con importantes elementos vascos, gallegos y catalanes
Por Ángel Cristóbal Montes

La vieja nación española

LAS revoluciones francesa y americana no alumbraron las naciones, tan sólo propiciaron que los nuevos estados, antaño monárquico-estamentales y hogaño republicano-ciudadanos, se configurasen como estados nacionales. Principio que ha supuesto una de las mayores conmociones políticas de la historia y que ha dado lugar a ejemplos modélicos, pero también a desviaciones, exageraciones y desatinos, tanto en el orden del 'invento' de naciones como en el de consagrar la fórmula «una nación, un estado».

En Europa, unas pocas naciones originarias genuinas (la francesa, la española, la inglesa, la sueca), otras de aparición tardía (la alemana, la italiana) y una pléthora de naciones emergentes tras la descomposición de los grandes imperios otomano, austrohúngaro y soviético. El resto, poco o casi nada, flecos nacionales que quedaron fuera de la gran erupción nacionalista (Habermas), frag-

mentos de estado (Jellinek) y, a lo máximo, nacionalidades histórico-culturales (Meinecke) que, llámen-se corsos, vascos, bretones, bávaros, lombardos, catalanes o flamencos, escasamente han significado algo destacable en el fenómeno de los estados nacionales.

En España, querer detectar en la configuración de la nación española grupos nacionales que fueran avasallados y quedaran prisioneros de la nueva entidad (la 'España, cárcel de naciones' que alguna mente enfebrecida alumbró) no sólo es un disparate histórico, sino una auténtica falsedad. La vieja unidad territorial de romanos y visigodos que la invasión árabe, primero, y la reconquista cristiana, después, fragmentó, volvió a restablecerse a partir del siglo XV en torno al poderoso tronco castellano-aragonés; y pensar que catalanes, vascos y gallegos, que ya tenían su peculiaridad idiomática, fueron sojuzgados

«El ente catalán nunca fue una unidad político-territorial absorbida por el Estado español, sus gentes nunca conformaron una genuina nación»

por el nuevo poder es un caso claro de 'anacronismo invertido'. Habría que esperar hasta el siglo XIX para que el fenómeno hiciera aparición, conformado como una modesta 'cuestión regional'.

Pero, en pleno siglo XX, por mor de la intransigencia franquista y del superior desarrollo vasco y catalán, el fenómeno se envenenó y, para algunos, quedó transformado en 'cuestión nacional', con estridencias tales como el terrorismo y la petición de la independencia. En uno de esos episodios virulentos nos

encontramos ahora mismo en Cataluña, con un segmento importante de su población embarcado en una aventura secesionista. El proceso carece de justificación, porque el ente catalán nunca fue una unidad político-territorial absorbida por el Estado español, sus gentes nunca conformaron una genuina nación y sus ansias de vida política diferenciada no guardan relación con las de los pueblos sojuzgados por el yugo soviético o yugoslavo. De la misma manera que la sabiduría eterna de Heráclito nos enseña que «el carácter del hombre es su destino», así también hay un carácter nacional español que está hecho con la presencia de importantes rasgos vascos, gallegos y catalanes, hasta el punto de que la fractura estatal mutilaría gravemente dicho carácter y haría de los catalanes unos españoles fuera de España. El carácter nacional, podríamos decir, es el destino de un pueblo.

LA TRIBUNA | El socialismo del siglo XXI debe centrar sus propuestas en la corrección de las desigualdades económicas a través de mecanismos de redistribución y de nuevas formas de organización productiva
Por Alberto Sabio Alcutén, secretario de Estudios y Programas del PSOE-Aragón

Redistribuir y pre-distribuir

EL gran reto de la izquierda, y en particular del socialismo español del siglo XXI, reside en actuar contra el espectacular aumento de las desigualdades económicas. Es imprescindible una redistribución más equitativa, empezando por una reforma fiscal que deje de favorecer a las grandes fortunas y consorcios empresariales, preferentemente financieros, lo que redundará en una reducción de los ingresos del Estado y, a su vez, en nuevos recortes sociales... Ni las reglas fiscales pueden estar diseñadas para beneficiar a estos consorcios ni pueden encontrar tan fácilmente las formas de burlar la ley, hasta acumular una cifra en millones de euros (españoles) en paraísos fiscales que casi no cabe en esta columna.

Ahora bien, junto a la redistribución, vale la pena pensar en fórmulas previas de distribución. Es decir, no sólo redistribución sino también pre-distribución, que puede concretarse en nuevos esquemas de gestión de las empresas que ayuden a comprimir diferencias salariales o en otras propuestas que den a los ciudadanos mayor independencia con respecto a los poderes económicos. Lo está planteando el laborismo de Ed Miliband en Gran Bretaña, alejadísimo de Tony Blair y sus terceras vías.

Estimular el desarrollo de nuevas formas de propiedad de tipo cooperativo no significa un resurgimiento puro y duro del colectivismo tradicional. En los ultraliberales Estados Unidos, nos cuenta el

profesor Fontana en su último libro, hay 130 millones de personas que trabajan en empresas de este tipo, entre ellas 13 millones que lo hacen en fábricas propiedad de los trabajadores después de su cierre por crisis. Es más, el 25% de toda la electricidad norteamericana la producen cooperativas y sociedades municipales. Y resultan bien estimulantes las reflexiones del 'New Economy Movement' centradas en construir estructuras económicas muy distintas del capitalismo tradicional pero también del colectivismo histórico no menos tradicional. Eso sí, ante la persistencia de un sistema económico tan injusto, los nuevos retos y los cambios deben venir de la mano de una acción política que empiece a cambiar las re-

glas, más allá del 'austericidio' contraproducente que nos obliga a beber cicuta (sin atajar el déficit) y superando esa demoledora expresión de que «lo que es del común no es de ningún» que algunos utilizan para desguazar la educación pública, privatizar la sanidad o desmantelar los programas sociales.

Si el discurso de Felipe González fue de aliento modernizador y el de Zapatero de avance en derechos ciudadanos y respeto a minorías, el futuro del socialismo español debe colocar el objetivo de la corrección de desigualdades, la redistribución y la predistribución en el frontispicio de sus programas y actuaciones. No basta con endurecer la represión y restringir el derecho de protesta, como hacen otros.

CANO

SP, RE NKC, AS, MKFKFGKRFN KMCCLVO JEJRIKT,N

PUES ANTES DE QUE PASARA POR LAS CORTES, SE ENTENDÍA

